

## Un recuerdo que nos gustará

Esta mañana llegamos todos a la escuela muy contentos porque van a sacar una foto del grupo, que será para nosotros un recuerdo que nos gustará toda la vida, como ha dicho la maestra. También nos dijo que viniéramos muy limpios y bien peinados.

Cuando yo entré en el patio del recreo, llevaba la cabeza bien llena de brillantina. Todos los compañeros estaban ya allí y la maestra regañando a Godofredo, que había venido vestido de marciano. Godofredo tiene un papá muy rico que le compra todos los juguetes que se le antojan. Godofredo le decía a la maestra que quería fotografiarse de marciano, y que si no, se iría.

El fotógrafo también estaba allí, con su máquina, y la maestra le dijo que había que acabar pronto, porque si no nos perdíamos la clase de Aritmética. Agnan, que es el primero de la clase y el consentido

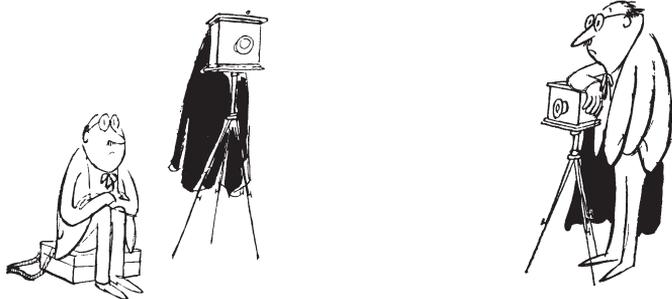


de la maestra, dijo que sería una lástima no tener Aritmética, porque a él le gustaba mucho y había hecho bien todos sus ejercicios. Eudes, un niño que es muy fuerte, quería darle un puñetazo en la nariz a Agnan, pero Agnan tiene lentes y no se le puede pegar tan a menudo como uno quisiera. La maestra se puso a gritar que éramos insoportables y que si continuábamos así no habría foto e iríamos a clase. El fotógrafo, entonces, dijo:

—Bueno, bueno, un poco de calma... Sé perfectamente cómo hay que hablarles a los niños. Todo saldrá bien.

El fotógrafo decidió que debíamos ponernos en tres filas: la primera fila, sentada en el suelo; la segunda, de pie, alrededor de la maestra, que se sentaría en una silla, y la tercera, encima de unas cajas. Realmente el fotógrafo tiene ideas estupendas.

Las cajas hubo que buscarlas en el sótano de la escuela. La pasamos en grande, porque no hay mucha luz en el sótano y Rufo se había puesto un saco viejo en la cabeza y gritaba: “¡Hu, hu! Soy el fantasma”. Después vimos que llegaba la maestra. No tenía cara de estar muy contenta, de modo que nos marchamos en seguida con las cajas. El único que se quedó fue Rufo. Con su saco, no veía lo que pasaba y continuó gritando: “¡Hu, hu! Soy el fantasma”,





hasta que la maestra le quitó el saco. Rufo se quedó muy extrañado, mucho.

De vuelta al patio, la maestra soltó la oreja de Rufo y se llevó las manos a la cabeza. “¡Pero si están completamente negros!”, dijo. Era cierto, mientras nos divertíamos en el sótano nos habíamos manchado un poco. La maestra no estaba contenta, pero el fotógrafo le dijo que la cosa no era grave, teníamos tiempo de lavarnos mientras él disponía las cajas y la silla para la foto. Aparte de Agnan, el único que tenía la cara limpia era Godofredo, porque llevaba la cabeza dentro de su casco de marcialino, que parece una pecera.

—¿Ya ve? —dijo Godofredo a la maestra—, si hubieran venido todos vestidos como yo, no habría tanto lío.

Yo vi que la maestra se moría de ganas de jalarle las orejas a Godofredo, pero no había agujeros en

su pecera. ¡Es una solución formidable la del traje de marciano!

Volvimos después de lavarnos y peinarnos. Aún estábamos un poco mojados, pero el fotógrafo dijo que no importaba, que en la foto no se vería.

—Bueno —nos dijo el fotógrafo—, ¿quieren darle gusto a su maestra?

Contestamos que sí, porque queremos a la maestra; es terriblemente amable cuando no la hacemos enojar.

—Entonces —dijo el fotógrafo— van a ocupar, como buenos niños, sus puestos para la foto. Los mayores, en las cajas, los medianos, de pie, y los pequeños, sentados.

Fuimos a hacer lo que nos decía, y el fotógrafo ya le estaba explicando a la maestra que con paciencia se conseguía cualquier cosa de los niños, pero ella no pudo escucharlo hasta el final. Tuvo que venir a separarnos, porque todos queríamos estar en las cajas.

—¡Aquí no hay más que uno alto, y soy yo! —gritaba Eudes, y empujaba a los que querían subir a las cajas.

Como Godofredo insistía, Eudes le dio un puñetazo en la pecera y le hizo mucho daño. Tuvieron

que juntarse varios para sacar la pecera de Godofredo, que se había atascado.

La maestra dijo que era la última advertencia, que después iríamos a Aritmética; entonces nos dijimos que había que estarse quietos y comenzamos a instalarnos. Godofredo se acercó al fotógrafo.

—¿Cómo es su aparato? —preguntó.

El fotógrafo sonrió y le dijo:

—Es una caja de la que saldrá un pajarito, muchacho.

—Es muy vieja su máquina —dijo Godofredo—, mi papá me regaló una máquina con parasol, visor óptico directo, teleobjetivo y, por supuesto, filtros...

El fotógrafo pareció sorprendido, dejó de sonreír y le dijo a Godofredo que volviera a su sitio.

—¿No tiene usted, al menos, célula fotoeléctrica? —preguntó Godofredo.

—¡Por última vez! ¡Vuelve a tu sitio! —gritó el fotógrafo, que de repente tenía una apariencia muy nerviosa.

Nos instalamos. Yo estaba sentado en el suelo, al lado de Alcestes. Alcestes es un compañero mío que es muy gordo y come sin parar. Estaba mordiendo una rebanada de pan con mermelada y el fotógrafo

le dijo que dejara de comer, pero Alcestes contestó que había que alimentarse.

—¡Suelta esa rebanada! —gritó la maestra, que estaba sentada justamente detrás de Alcestes.

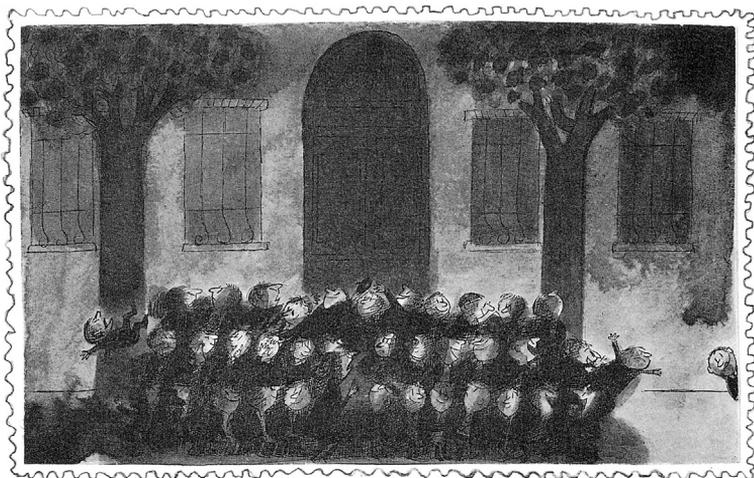
El chillido lo sorprendió tanto, que Alcestes dejó caer la rebanada en la camisa.

—¡Uf! ¡Me la quité! —dijo Alcestes, tratando de raspar la mermelada con el pan. La maestra dijo que lo único que se podía hacer era poner a Alcestes en la última fila, para que no se viera la mancha de su camisa.

—Eudes —dijo la maestra—, deje su sitio a su compañero.

—No es mi compañero —dijo Eudes—; no le dejaré mi sitio, y lo que puede hacer es ponerse de espaldas para la foto; así no se verá la mancha ni su gorda cara.

La maestra se enojó y le puso a Eudes de castigo la conjugación del verbo: “Yo no debo negarme a ceder mi sitio a un compañero que se ha manchado la camisa con pan con mermelada”. Eudes no dijo nada, bajó de su caja y vino a primera fila, mientras Alcestes iba a la última fila. Se armó algo de desorden, sobre todo cuando Eudes se cruzó con Alcestes



*Arriba, de izquierda a derecha:* Martín (que se ha movido), Poulot, Dubéda, Coussignon, Rufo, Adalberto, Eudes, Champignac, Lefevre, Toussaint, Charlier, Sarigaut.

*En el centro:* Pablo Bojojof, Jacobo Bojojof, Marquou, Lafontan, Lebrun, Dubos, Delmont, de Fontagnes, Martineau, Godofredo, Mespoulet, Falot, Lafageon.

*Sentados:* Rignon, Guyot, Aníbal, Croutsef, Berges, la maestra, Agnan, Nicolás, Faribol, Grosini, González, Pichenet, Alcestes y Mouchevin (que acaba de ser expulsado).

y le dio un puñetazo en la nariz. Alcestes quiso darle una patada a Eudes, pero Eudes la esquivó (es muy ágil), y quien recibió la patada fue Agnan, felizmente en un sitio donde no lleva puestos los lentes. Eso no le impidió echarse a llorar y a gritar que no veía

nada, que nadie lo quería y que le gustaría morirse. La maestra lo consoló, lo sonó, lo repeinó y castigó a Alcestes, que debe escribir cien veces: “Yo no debo pegar a un compañero que no busca pleito y que usa lentes”.

—¡Muy bien hecho! —dijo Agnan.

Entonces la maestra le dio a él unas líneas para escribir. Agnan se quedó tan asombrado que ni siquiera lloró. La maestra empezó a distribuir castigos a diestra y siniestra; todos teníamos montones de líneas para hacer y, por último, la maestra nos dijo:

—Y ahora van a decidirse a estarse quietos. Si son buenos, levantaré todos los castigos. ¡Vamos, acomódense bien, una bonita sonrisa y el señor nos sacará una hermosa fotografía!

Como no queríamos apenar a la maestra, obedecemos. Todos sonreímos y nos colocamos bien.

Pero falló el recuerdo que nos gustaría toda nuestra vida, porque nos dimos cuenta de que el fotógrafo ya no estaba allí. Se había marchado sin decir nada.